

El Espíritu Santo

John Ritchie, 1853-1930
Believer's Magazine; The Harvester, 1969

La época en la cual vivimos es primordialmente la época del Espíritu. Como hubo ya un día cuando el Eterno Hijo entró en su labor distintiva en la tierra al nacer de su madre virgen en Belén, así el Eterno Espíritu comenzó su obra distintiva en el día de Pentecostés; véase Hechos 2.4.

Esta obra sigue en marcha a lo largo de todo este tiempo de gracia. Es cierto que el Espíritu Santo estaba activo en las edades pasadas, como indica claramente el Antiguo Testamento. También es cierto que Estaba intensamente ocupado durante el ministerio público del Señor Jesús, como los cuatro Evangelios testifican. De nuevo Él estará activo en el “siglo venidero” cuando se cumplirá del todo la profecía de Joel, “Derramaré mi Espíritu sobre toda carne”, 2.17.

Pero el don del Espíritu en la época presente como una continua presencia dependía de la realización de la redención por parte de Cristo, con su subsiguiente resurrección, ascensión y glorificación. Por esto las palabras instructivas de Juan 7.39, “Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él; pues aún no había venido el Espíritu Santo porque Jesús no había sido aún glorificado”. Es de primera importancia entender que el advenimiento del Espíritu Santo significa que el Señor, quien en un tiempo fue crucificado, ha resucitado y está exaltado por la diestra de Dios, Hechos 2.33. De otro modo el Espíritu no pudiera haber venido.

Esta obra se divide de la manera siguiente:

- La época del Espíritu
- Es una persona
- Una persona divina
- Sus nombres y títulos
- En el Antiguo Testamento
- La inspiración
- En la vida de Cristo
- En el Evangelio de Juan
- En Hechos de los Apóstoles
- En Romanos
- En Gálatas
- En Efesios
- El bautismo
- En el Apocalipsis

La época del Espíritu

Cuando el sumo sacerdote de Israel entraba en el lugar santo del tabernáculo en representación del pueblo, llevando los nombres de las tribus en el pectoral frente a su corazón, él estaba escondido de los ojos de los hombres. Pero en el borde de su manto sacerdotal, el efod, había una serie de campanillas y granadas, sencillas pero eficaces, según explica Éxodo 28.34. Al moverse el sumo sacerdote, éstas sonaban con su ligero tintineo, anunciando al pueblo afuera que su representante estaba vivo y ocupado en los asuntos suyos.

Así en el día de Pentecostés, cincuenta días después de la cruz, “vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba”, Hechos 2.2, para acompañar el advenimiento del Espíritu; fue una confirmación de que nuestro gran sumo sacerdote había entrado en su oficio y que todo estaba bien para con su pueblo.

Es una persona

El Espíritu Santo es una verdadera persona, y no meramente una influencia o una emanación de la Deidad, como tantos se imaginan vagamente. Aunque no encarnado, como era el Hijo de Dios, el Espíritu Santo posee todos los atributos de personalidad, y uno debe referirse a Él



y no a *ello*. Por ejemplo, dice Juan 16.13 que “El os guiará”.

El mismo nombre que el Señor le dio, otro Consolador, ciertamente implica personalidad. Indica que en la ausencia del Señor el Espíritu sería lo que el Señor había sido para con sus discípulos, pero en un grado aun mayor porque el Espíritu no estaría restringido por limitaciones corporales, como era por voluntad propia el divino Hombre.

El bendito Señor reconoció la necesidad que tendrían los hombres que Él iba a dejar. Ellos estaban muy temerosos que iban a quedar sin guía y amigo. La tristeza llenó sus corazones. La respuesta del Señor fue: “Os conviene que yo me vaya, porque si yo no me fuere, el Consolador no vendría a vosotros, mas si me fuere, os lo enviaré”, Juan 16.7. En lenguaje sencillo, Estaba diciendo, “Confíen en mí que haré lo mejor para ustedes; les irá mejor; tendrán en los cielos un Señor vivo y amante, y tendrán en la tierra un Consolador”.

Pensemos en algunas de las cosas predichas en las Escrituras acerca del Espíritu que podrían ser ciertas solamente en cuanto a una persona: tiene conocimiento, 1 Corintios 2.11; tiene voluntad, 1 Corintios 12.11; tiene mente, Romanos 8.27; puede amar, Romanos 15.30; puede oír, Juan 16.13; puede hablar, Hechos 13.2, 2 Samuel 23.2; puede dirigir, Romanos 8.14; puede enseñar, Juan 14.26; puede prohibir, Hechos 16.6; puede interceder, Romanos 8.26; puede estar contristado, Efesios 4.30; se puede mentir a Él, Hechos 5.3; puede ser resistido, Hechos 7.51; puede ser blasfemado, Mateo 12.31.

Una persona divina

Más pruebas se podrían presentar, pero éstas bastan. Él no es solamente una verdadera persona, sino también una persona divina, en poder y en gloria igual al Padre y al Hijo. Las Escrituras reconocen claramente el misterio divino de tres personas en la unidad de una Deidad.

Considere, por ejemplo, Génesis 1.26: “Dijo Dios, hagamos al hombre a nuestra imagen ...” La palabra hebrea para Dios, *Elohim*, está en el plural, como también lo es el pronombre *nuestro*. Sin embargo, siguen verbos en la persona singular. Esto sugiere trinidad en unidad.

El tiene también igualdad en autoridad, bendición y propósito: en autoridad, “... bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo”, Mateo 28.19; en bendición, “La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo”, 2 Corintios 13.14; en propósito, “... el Espíritu es el mismo ... el Señor es el mismo ... Dios que hace todas las cosas es el mismo”, 1 Corintios 12.4 al 6.

Al Espíritu Santo se reconocen atributos que son aplicables a la Deidad solamente. Es “el Espíritu eterno”, Hebreos 9.14. Es omnipresente, “¿Adónde me iré de tu Espíritu?” Salmo 139.7. Es omniscio, “el Espíritu todo lo escudriña”, 1 Corintios 2.10. Es soberano, “Todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como él quiere”, 1 Corintios 12.11.

El es el Señor Espíritu, “Mirando la gloria del Señor, somos transformados ... como por el Espíritu del Señor”, 2 Corintios 3.18. Es superior a los ángeles; “... qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo ... cosas en las cuales anhelan mirar los ángeles”, 1 Pedro 1.11,12. Se reconoce como Dios en Hechos 5, donde Pedro acusa a Ananías de haber mentido al Espíritu Santo y dice: “No has mentido a los hombres sino a Dios”.

Varias veces encontramos en el Antiguo Testamento mensajes del Señor (Jehová) atribuidos en el Nuevo Testamento al Espíritu Santo. Un caso sobresaliente es el de Isaías 6.8 al 10 comparado con Hechos 28.25 al 27: “Oí la voz del Señor que decía, ¿A quién enviaré?” y “Bien habló el Espíritu Santo por medio del profeta Isaías”.

Aunque hay tres personas en una misma Deidad, vale notar de paso que cada una de las tres es distinta. Esto queda de manifiesto, por ejemplo, en la escena de Mateo 3. 16,17. Dice que Jesús, el Hijo, subió del agua después de su bautismo; a la vez el Espíritu descendió cual paloma sobre el Hijo obediente; y del cielo dijo una voz: “Este es mi Hijo amado”, proclamando así el contentamiento del Padre.

Sus nombres y títulos

Debemos meditar reverente y cuidadosamente sobre los nombres y títulos del Espíritu Santo, ya que éstos revelan su persona, deidad, carácter y obra. Hay al menos treinta de estos términos en las Escrituras, cada uno con su significado propio. He aquí unos pocos ejemplos: El Espíritu, Isaías 32.15, Mateo 4.1. Este es el nombre básico e indica lo singular de su ser; no hay otro como Él. El Santo Espíritu, Salmo 51.11, Efesios 4.30. Este es el nombre usado con mayor frecuencia. El Espíritu, el Santo, Juan 14.26. Este es aun más enfático; el artículo figure dos veces aquí, cosa que nos hace reflexionar. El Espíritu de gracia, Hebreos 10.29. El Espíritu de verdad, Juan 14.17. El Espíritu de santidad, Romanos 1.4. El Espíritu Santo de la promesa, Efesios 1.13. El Espíritu de sabiduría, Efesios 1.17. El Espíritu de adopción, Romanos 8.15. El glorioso Espíritu de Dios, 1 Pedro 4.14. El Espíritu de la profecía, Apocalipsis 19.10.

No debemos hacer caso omiso de la descripción séptupla de Isaías 11.2: “Reposará sobre él el Espíritu de Jehová; espíritu de sabiduría y de inteligencia; el espíritu de consejo y de poder, espíritu de conocimiento y de temor de Jehová”. Este es claramente un nombre de gobierno y a lo mejor está asociado con “los siete espíritus que están delante de su trono”, Apocalipsis 1.4.

Pero de todos sus nombres, quizás el que más apela a nosotros es aquél que le fue dado cuatro veces por el Señor Jesucristo: “el Consolador”. Véanse Juan 14 al 16. Es un término muy expresivo e inclusivo, y desconozco palabra que exprese cabalmente todo su sentido. Se traduce *abogado* en 1 Juan 2.1 con referencia al Señor Jesús, pero una definición sencilla del término griego *parakletos* sería “uno llamado a ponerse al lado de otro”.

Entendemos la palabra *abogado* en un sentido jurídico. Si tengo la mala fortuna de ser llamado ante un tribunal de justicia, pueda que llame a mi lado a un hombre competente que conoce las leyes, me conoce a mí, y entiende mi caso. Con todo, esto no quiere decir que él sea de hecho un consolador. ¡Lo cierto es que sería de poco consuelo al perder mi caso en el tribunal!

Así, tenemos que pensar en abogado y consolador a la vez si vamos a tener un concepto cabal de lo que estaba encerrado en la promesa del Señor dada a sus discípulos cuando iba a dejarlos: “No les dejaré huérfanos, sin provisión y sin ayuda en sus luchas en este mundo cruel, sino que llamaré a su lado al Consolador”. Su venida anularía la orfandad que les caracterizaba. Él estaría con ellos perpetuamente y en ellos; sería una constante fuente de poder, de consuelo y de valentía.

¿Por qué vamos a sentirnos solos, temerosos o desconsolados con semejante amigo fuerte y compasivo a nuestro lado siempre, y morando en nosotros?

En el Antiguo Testamento

Aunque en el Antiguo Testamento no se obtiene una revelación plena de la persona y la obra del Espíritu, hay evidencia clara de algunas de sus actividades. En la creación original de los cielos y la tierra, Génesis 1.1, la forma plural de la palabra Dios, Elohim, sugiere que el Espíritu participó. “Su Espíritu adornó los cielos”, dice Job 26.13. En la obra de seis días según el Génesis 1, tenemos la primera mención definitiva del Espíritu obrando. “El Espíritu de Dios se movió sobre la faz de las aguas”, preparando la vía para el orden de Dios: “Sea la luz, y fue la luz”.

En Génesis 6.3 se ve la contienda del Espíritu con el hombre pecador. A menudo se dice que se debe dejar al hombre a su conciencia propia para que se enderece por sí solo. La respuesta a tal idea se encuentra en la época antediluviana, cuando por unos 1656 años Dios dejó al ser humano en el régimen de la conciencia.

¿Cuál fue el resultado? Sin duda hubo adelantos en asuntos materiales, pero la condición moral se resume en Génesis 6.5: “Vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal”. A la postre el juicio de los cielos tenía que venir, mas esperaba la paciencia de Dios por 120 años en los días de Noé, 1 Pedro 3.20. Durante este período el Espíritu estaba contendiendo con la conciencia de los hombres. Sin duda Él usaba las advertencias de su agente Noé, un predicador de justicia, para detener así la ola de desorden hasta que al fin “se arrepintió Jehová de haber hecho hombre y le dolió en su corazón”.



La historia está en proceso de repetirse en nuestros tiempos. El mundo va arrastrado a la destrucción segura, pero otra vez el Espíritu de Dios está jugando el papel de gran obstáculo al poder del mal: “Hay quien al presente lo detiene, hasta que él a su vez sea quitado de en

medio”, 2 Tesalonicenses 2.7. Muchos estamos conscientes de esto, pero con todo no basta para cambiar la verdad de las palabras de Cristo, “Como fue en los días de Noé, así también será en los días del Hijo del Hombre”, Lucas 17.26.

Así, a lo largo de la historia antiguotestamentaria, el Espíritu Santo venía sobre los hombres según propósitos específicos y por tiempo limitado. Por lo regular, esta palabra *sobre* es la palabra clave en cuanto a la obra del Espíritu en aquellos tiempos antiguos. Él vino sobre Moisés, el varón de Dios, Números 11.17, pero también sobre el impío Balaam, Números 24.2. Llenó a Bezaleel para la obra importante de erigir el tabernáculo según el diseño divino. Se apoderó de Gedeón para la salvación de Israel, Jueces 6.34. También vino sobre Saúl, el rey testarudo, 1 Samuel 10.10, de modo que él sorprendió a la gente al profetizar.

Parece haber poca duda que fue el mismo Espíritu supremo que tomó control de Caifás, el sumo sacerdote —un político sobremanera brillante y a la vez condenable— para que profetizara la muerte expiatoria de Cristo y anticipara un resultado de esa muerte, a saber, el congregar en un cuerpo a los hijos de Dios, Juan 11.47 al 52.

En los tiempos del Antiguo Testamento, su obra y presencia siempre eran por tiempo limitado. No había una presencia prolongada del Espíritu como la que caracteriza la edad actual. Así fue que David, en su gran salmo de penitencia, oró: “No quites de mí tu santo Espíritu”, Salmo 51.11. Ningún creyente verdadero e inteligente de estos tiempos, no importa cuán lejos esté de Dios, tendrá que incluir en su confesión semejante ruego conmovedor.

La inspiración

Antes de terminar este breve esbozo del Espíritu en los tiempos a los cuales se refiere el Antiguo Testamento, no podemos dejar de notar que Él era en aquel entonces el Espíritu de revelación e inspiración. Lo que es de Dios puede ser revelado solamente por el Espíritu de Dios. “Nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios”, 1 Corintios 2.11.

Según uno ha traducido 2 Pedro 1.20,21, dice de los profetas del Antiguo Testamento que, “Ninguna profecía en las Escrituras se encuentra como resultado de la iniciativa del profeta mismo, porque la profecía jamás vino por voluntad humana, sino que hombres santos de Dios hablaron como el Espíritu los llevaba”.

No es sólo que el Espíritu llenaba la boca de cada profeta en los tiempos antiguos al darles pronunciamientos orales, sino que los inspiró para poner por escrito sus mensajes en las Escrituras. No sólo les dio los pensamientos, sino que revistió a éstos de palabras. “Hablamos no con palabras enseñadas por sabiduría humana sino con las que enseña el Espíritu”, 1 Corintios 2.13.

Gustosamente reconocemos y admiramos la individualidad de cada uno de los autores sagrados, y la manera como cada uno desarrolla su tema. No obstante, la inspiración verbal de toda la Escritura se debe al poder misterioso que el Espíritu de Dios ejerció sobre los escritores para que su palabra fuese debidamente transmitida por medio de ellos.

Es evidente que muchas de las revelaciones dadas a estos santos hombres de Dios quedaban más allá de su propia capacidad de comprensión. “Yo oí, mas no entendí. Dije: Señor mío, ¿cuál será el fin de estas cosas?” Daniel 12.8. Ellos a menudo indagaron en sus propios escritos con la esperanza de descubrir “qué persona y qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos”, 1 Pedro 1.10,11.

Eran la voz de un poder superior a sí mismos, la cual les controlaba en ocasiones dadas. De otra manera, ¿cómo, por ejemplo, podría el autor del Salmo 22 predecir con exactitud, centenas de años antes, los sufrimientos de Cristo en cruz, hasta el extremo de emplear las mismas palabras del Señor en su terrible hora?

En la vida de Cristo

El Espíritu Santo fue el agente principal en la encarnación. El ángel Gabriel reveló a María en la anunciación, “El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el Poder del Altísimo te cubrirá; el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios”, Lucas 1.35. A José, el ángel del Señor dijo, “No temas de recibir a María tu mujer, porque lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es”, Mateo 1.20. Aunque “nacido de mujer”, y por tanto hombre en verdad, la manera de su nacimiento fue singular. Es un milagro, un misterio profundo e inescrutable, que ningún ser humano puede comprender.

El Espíritu Santo ungió al Señor Jesús al comienzo de su ministerio público. Juan el Bautista, precursor de Cristo, no le conoció antes de su bautismo pero sí sabía cuáles serían las señales que le identificarían. “Sobre quien veas descender el Espíritu y que permanece sobre él, ése es el que bautiza con el Espíritu Santo”, y el Bautista agrega aseguradamente, “Yo le vi, y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios”, Juan 1.33,34.

Por primera vez la paloma celestial había encontrado lugar de reposo sobre un hombre; compara Génesis 8.9 al 12. A lo largo de esos pocos años memorables de su ministerio sobre la tierra, el Señor Jesús estaba ungido “con el Espíritu Santo y con poder”.

El Señor Jesús estaba continuamente guiado por el Espíritu. En su primer pronunciamiento en público en Nazaret, Él comenzó con la lectura de las palabras proféticas de Isaías 61, “El Espíritu del Señor está sobre mí”, y al haber cerrado el libro dijo que “hoy se ha cumplido esta escritura delante de vosotros”.



Todas sus poderosas obras se realizaron en el poder del Espíritu; “si yo por el Espíritu de Dios echo fuera los demonios ...”, Mateo 12.28. La más poderosa de ellas, el sobresaliente sacrificio del Calvario, tenía tras sí no solamente el valor inmensurable de su propia persona sino también la cooperación activa del Espíritu: “Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios”, Hebreos 9.14.

Hay al menos la insinuación que el Espíritu jugó cierto papel en la resurrección, porque leemos del “Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús”, Romanos 8.11. Hay pruebas firmes de que durante los cuarenta días de su ministerio post resurreccional el Señor dio mandamientos por el Espíritu Santo a los apóstoles, Hechos 1.2.

En el Evangelio de Juan

Es cónsono con el carácter del Evangelio según Juan que la mayoría de las grandes verdades del cristianismo reciban allí su primera mención. En el capítulo 1 tenemos la declaración incomparable de la deidad eterna del Hijo, como también de su humanidad santa cuando “el Verbo fue hecho carne”, y luego en su debido orden la muerte expiatoria cual Cordero de Dios.

En 2.18 al 22 el Señor mismo hace la primera insinuación acerca de su resurrección. En el capítulo 3 encontramos la verdad fundamental del renacimiento por el Espíritu y la Palabra, y cómo poseer la vida eterna. En el capítulo 4 hay una referencia clara a lo que aún no había sido revelado del todo: el don del Espíritu como “fuente de agua viva” saltando en el creyente.

Estrechamente vinculado con esto hay también la adoración al Padre en Espíritu y en verdad para reemplazar la adoración ritualista bajo el pacto antiguo. En el capítulo 7 se hace referencia de nuevo al Espíritu, esta vez como ríos de agua viva que fluyen desde el ser interior del creyente en ministerio y servicio.

No es, sin embargo, hasta los discursos pascuales del Señor a sus discípulos, pronunciados cuando sabía que su hora había llegado para que pasase de este mundo al Padre —Juan 13.1— que encontramos el primer anuncio definitivo de la verdad del Consolador. Merecen atención aquí cuatro puntos específicos en cuanto al ministerio del Espíritu hacia el creyente:

Su presencia continua con y su pueblo en esta época. “Yo rogaré al Padre y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros siempre”, Juan 14.16.

Cual Espíritu de verdad, Él enseñaría todas las cosas y les recordaría todo lo que les fue dicho, Juan 14.26. Esto vemos en pasajes tales como Hechos 1.6, 2.16, 11.16.

El Espíritu Santo testificaría Cristo, y su pueblo sería cotestigo; Juan 15.27.

El Espíritu anunciaría a los creyentes las cosas por venir, Juan 16.13, siendo éstas no sólo los acontecimientos futuros sino también sucesos mucho más cerca de ellos, de los cuales ellos de otro modo no pudieron haber tenido conocimiento.

Luego tenemos la misión del Espíritu para con el mundo en convencer de pecado, de justicia y de juicio, 16.8 al 11. No es tanto que el Espíritu redargüiría a los hombres de los pecados de cada uno, aunque esto también es cierto, sino que la obra del Espíritu en el mundo es una perpetua interrogante.

En mil voces Él pregunta al hombre, “¿Qué has hecho tú con el Hijo de Dios?” De todos los pecados que manchan este mundo, el de rechazar a Cristo es por mucho el mayor. La obra del Espíritu es la de convencer que por este hecho (del cual todos somos tenidos por culpables), vamos a toda máquina contra el plan y la provisión de Dios.

Negar las demandas de Jesucristo es el pecado condenador. “De pecado por cuanto no creen en mí”, Juan 16.9. Debe haber arrepentimiento para con Dios y fe en nuestro Señor Jesucristo, Hechos 20.21. Luego, la presencia del Espíritu en el mundo es con el fin de convencer al hombre de justicia. Los hombres colocaron a Cristo sobre la cruz; Dios le ha dado el puesto de mayor honra a su diestra.

La única fuente de justicia está en el cielo, donde Él está actualmente, y todos los que por el estímulo del Espíritu deseen la salvación la encontrarán al tomar el lado de Dios en contra de sí mismos, aceptando la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, Romanos 3.22.

El Espíritu también convence de juicio porque el príncipe de este mundo está bajo sentencia. Lo que Satanás planeaba como el golpe determinante contra el propósito eterno de Dios, el Calvario, fracasó por completo en lo que al diablo se refiere. El gran y primer enemigo ha sido derrotado del todo y espera su condenación final. Dios desea que la humanidad sepa por su Espíritu que la derrota del adversario realizada en la cruz es una advertencia al hombre que abandone de una vez las filas de sus seguidores, para no participar de su suerte.

En Hechos de los Apóstoles

Después de su resurrección, el Señor se había presentado vivo a sus discípulos. Con muchas pruebas indubitables, según dice Hechos 1.3, les había convencido que era en verdad el mismo Señor, vivo de entre los muertos, andando y hablando con ellos durante cuarenta días entre su resurrección y ascensión. Ya no más se veía la actitud querelosa que les caracterizaba antes, por ejemplo cuando decían, “Esperábamos que él era el que había de redimir a Israel”, Lucas 24.21. Las dudas habían dado lugar a la certeza; con confianza reconocieron su señorío y autoridad suprema. Aun cuando fue llevado al cielo, les era manifiesto que no había sido quitado; con oración y expectativa ellos aguardaron la promesa del Padre, como Él les había mandado que hiciesen, y no fueron decepcionados.

Precisamente en el día señalado, el día de Pentecostés, el Espíritu Santo vino y así comenzó una época completamente nueva en el trato de Dios para con el hombre. Desde este punto en adelante el Espíritu Santo es el actor predominante en la escena; claramente, Es quien controla la situación. Los discípulos todos fueron llenados del Espíritu Santo; fueron transformados por el poder nuevo que, sin ser visto por ojo mortal, les posesionó.



Después de la cruz, se encontraban desanimados, desacreditados, y desconcertados. Pero ahora se adelantan como un ejército, recuperado su General perdido, y con la confianza y el comportamiento de victoria a la postre. Es llamativo que en Hechos se menciona el Espíritu unas cincuenta veces; no es sin razón que se ha dicho que este libro llamado “Los Hechos de los Apóstoles” debería llamarse “Los Hechos del Espíritu Santo”, porque desde el principio hasta el fin es un relato de su venida y actividades.

El Espíritu Santo no es solamente la promesa del Padre, Hechos 1.4, sino también el don del Hijo a todo creyente, 2.33,38. Cristo, “exaltado por la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís”.

El Espíritu vino para comunicar y sostener la vida divina. Los creyentes no sólo habían pasado de muerte a vida, sino que con la venida del Espíritu habían participado de la vida del Cristo resucitado. El Espíritu vino cual nueva fuente de poder para ellos. El Señor les había prometido, “Recibiréis poder cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo”, Hechos 1.8.

El cumplimiento de tal promesa se relata en Hechos 2.4: “Fueron todos llenos del Espíritu Santo”. Una fuerza poderosa y dinámica estaba obrando ya en los discípulos y a través de ellos, y las señales siguieron casi de una vez. A estos hombres sin letras el Espíritu dio palabras, confianza y una nueva comprensión de las Escrituras; poseían una capacidad tal para predicar el nombre de Cristo que fueron compungidos de corazón los oyentes que habían estado opuestos. [Nota del traductor: Besson traduce Hechos 2.37 como, “Se les quebrantó el corazón”].

En la agonía de su convicción los oyentes exclamaron, “¿Qué haremos?” El resultado fue que ese mismo día unas tres mil almas fueron añadidas por medio del Espíritu Santo: añadidas primeramente al Señor y luego a sus concreyentes en un vínculo vivo y orgánico.

El control supremo del Espíritu queda de manifiesto en todo este libro que relata las actividades de los creyentes. Sin usar siempre los mismos medios, pero dejando en claro su voluntad, Él manda con derecho de prioridad; véanse 8.29 con su “acércate y júntate” y

10.20 con su “levántate y desciende”. Él escoge hombres determinados para trabajos determinados; en 13.2 hay el caso de Bernabé y Saulo, y en 20.28 se mencionan unos obispos puestos por el Espíritu.

El prohíbe a sus siervos optar por cierto proceder, como en 16.7 cuando pensaban ir a Bitinia. Él señala a los responsables en la iglesia la solución de problemas acerca de los cuales ellos habían estado en desacuerdo, 15.28.

Este control por parte del Espíritu jamás ha sido anulado. ¿Nosotros reconocemos y lo seguimos en nuestro día, con la sencillez y el buen ánimo de aquéllos en ese tiempo?

En Romanos

Romanos capítulo 8 es uno de los capítulos sobresalientes del Nuevo Testamento. En él se observe especialmente la repetida mención del Espíritu Santo. Por cierto, allí se hace más mención de sus actividades que en cualquier otro capítulo de la Biblia. La razón es que la santificación práctica del creyente en su vida diaria es el tema principal del capítulo.

En esta santificación el Espíritu es el gran agente si le es permitido hacer su voluntad. Él ha venido para morar en el hijo de Dios; a reclamar autoridad sobre Él en el nombre de Cristo; a dominar y controlar su vida, no obstante el hecho de que la carne (la naturaleza vieja) está allí todavía y se opone al Espíritu.

Es posible decir con el escritor del pasaje, “La ley (el poder gobernante) del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte”, 8.2. Si esto viene a ser el caso en la vida real del creyente, entonces se dice que el tal está en el Espíritu; es decir, en un estado marcado por el control manifiesto del Espíritu en la vida.

El creyente está ordenado a andar en el Espíritu y ser guiado por el Espíritu, y así manifestar en su vida las características del Hijo de Dios. El creyente llegará a la experiencia del 8.16, “El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios”. Cuando encuentra que es difícil orar porque “qué hemos de pedir ... no lo sabemos”, sabrá que “el Espíritu mismo intercede por nosotros” porque conoce la mente de Dios, 8.26.

A lo largo de todo el capítulo 8 hay una ausencia de reglas firmes o inflexibles, tales como había en la ley mosaica; “No habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el Espíritu de adopción por el cual clamamos ¡Abba, Padre!”, 8.15,16. Obedecemos como hijos de un Padre y no como esclavos de un déspota.

En Gálatas

Al escribir a los gálatas, quienes corrían el peligro de retroceder al espíritu de esclavitud, Pablo les hace recordar dos de los maravillosos dones que Dios ha dado. Primero: “Cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo ... para que redimiese ...”, 4.4. Luego: “Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo”, 4.6.

El resultado es que se espera no sólo que los hijos de Dios anden en el Espíritu sino que pongan de manifiesto en sus vidas el fruto del Espíritu con todo su equilibrio de gracia y de hermosura.

En Efesios

En la epístola a los efesios encontramos información nueva acerca del Espíritu. El nombre del Espíritu se menciona en todos los capítulos de Efesios.

En 1.13,14 leemos: “Fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia”. El sello del Espíritu señala al creyente como posesión de Cristo; “Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él”, Romanos 8.9.

Por ejemplo, cuando el pastor va a una subasta a comprar una manada de ovejas, puede ser que no esté en condiciones de llevárselas todas a su granja de una vez. Pero puede marcarlas todas con un hierro de diseño exclusivo, para que él y otros sepan que son las que el compró. Son suyas, y las llevará a su tiempo.

Así es con los creyentes en Cristo. Comprados con su sangre preciosa, sellados por el Espíritu, ellos esperan el día cuando su Señor volverá a reclamarlos. Mientras tanto el Espíritu, como las arras, nos proporciona en la experiencia propia una muestra de lo que nos espera. Las arras se refieren a los regalos que el novio daba a su futura esposa en el día de su compromiso; con éstas él daba a entender que lo que tenía sería para ella en una ocasión venidera. Algunas traducciones hablan de “la prenda de nuestra herencia”.

El bautismo

Leemos del bautismo *en* el Espíritu Santo. Dice 1 Corintios 12.13 que “por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo ... y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu”. Históricamente, el proceso comenzó con la venida del Espíritu en el día de Pentecostés. Acuérdense de la promesa del Señor antes de irse: “Seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días”, Hechos 1.5.



El Señor resucitado fue quien efectuó el bautismo; el Espíritu fue el medio en el cual fueron ellos bautizados. Todos los creyentes fueron incorporados en el cuerpo único del cual la cabeza era Cristo. Los creyentes en aquellos días primitivos fueron añadidos por millares; hoy se añaden uno a uno. Todos son hechos parte del cuerpo místico de Cristo, y todos han sido bautizados en el Espíritu una vez para siempre.

Está vigente en ciertos círculos la idea que existe un tal bautismo *del* Espíritu. Las Escrituras desconocen este concepto, y tampoco enseñan que uno puede ser rebautizado en el Espíritu. Uno puede ser llenado varias veces pero bautizado una sola vez.

Más errado todavía es el concepto común que hay varios cuerpos cristianos a los cuales uno puede pertenecer, y que supuestamente todos tengan a Cristo como cabeza. Hay uno solo que ha recibido de Dios el derecho de ser llamado Cabeza de la Iglesia: “Lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia”, Efesios 1.22. “El es la cabeza del cuerpo que es la iglesia”, Colosenses 1.18. Hay un solo cuerpo de Cristo; “un cuerpo y un Espíritu ...”, Efesios 4.4.

Solamente Dios sabe dónde están todos los miembros; jamás se encuentra todos juntos sobre la tierra. Multitudes de ellos están en los cielos; a menudo aquellos que quedan sobre la tierra están separados a causa de cuestiones doctrinales, y se conocen por diferentes nombres sectarios. Pero con todo el Espíritu en cada creyente en particular, y en la Iglesia en general, anhela guiar a todo verdadero creyente a la unidad del Espíritu; “... solícitos de guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz”, Efesios 4.3.

Lo hace por medio de la unidad de la fe: “ ... hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios”, Efesios 4.13. Tal como el Espíritu Santo desea controlar cada hijo de Dios para su santificación práctica ante Dios, así el mismo Espíritu está obrando

en la Iglesia para establecer el señorío de Cristo, al distribuir y coordinar los dones en la Iglesia para la edificación de los santos.

En el Apocalipsis

El Apocalipsis es un libro de glorias supremas para los que aman al Señor. En los capítulos 2 y 3 hay siete cartas a sendas iglesias y cada carta termina con las mismas palabras: “El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias”. Es un llamado por parte de Uno que sabe qué queda por delante para cada creyente en particular, rodeado por fracaso y decadencia.

Le exige quedarse firme, volver a Dios, a su palabra, y a su Espíritu. Estos llamados del Espíritu muestran cómo vigila de cerca en espera de cualquier indicio de respuesta a la invitación a su pueblo que abran la puerta y le dejen entrar, Apocalipsis 3.20.

Luego llegamos a la última referencia al Espíritu en las Escrituras. “El Espíritu y la Esposa dicen, Ven”, 22.17. La tarea de Eliecer no terminó hasta que había entregado a Isaac su Rebeca. Así el fiel guía y guardián de la Iglesia percibe que su obra está por ser concluida.

La estrella resplandeciente de la mañana está por brillar tras la nube de la noche tempestuosa, y por tanto la Iglesia y el Espíritu se unen en exclamar un gran *Ven*. Que abundemos todos en aquella esperanza por medio del poder del Espíritu Santo: “El Dios de esperanza os llene de todo gozo y paz en el creer, para que abundéis en esperanza por el poder del Espíritu Santo”, Romanos 15.13.